



Domingo V de Pascua: Señores, muéstranos al Padre.

LECTURAS

Lectura de los Hechos de los Apóstoles 6, 1-7

En aquellos días, al crecer el número de los discípulos, los de lengua griega se quejaron contra los de lengua hebrea, diciendo que en el suministro diario no atendían a sus viudas. Los apóstoles convocaron al grupo de los discípulos y les dijeron:

No nos parece bien descuidar la Palabra de Dios para ocuparnos de la administración. Por tanto, hermanos, escoged a siete de vosotros, hombres de buena fama, llenos de espíritu de sabiduría; y los encargaremos de esta tarea; nosotros nos dedicaremos a la oración y al servicio de la palabra.

La propuesta les pareció bien a todos y eligieron a Esteban, hombre lleno de fe y de Espíritu Santo, a Felipe, Prócoro, Nicanor, Simón, Parmenas y Nicolás, prosélito de Antioquía. Se los presentaron a los apóstoles y ellos les impusieron las manos orando.

La Palabra de Dios iba cundiendo y en Jerusalén crecía mucho el número de discípulos; incluso muchos sacerdotes aceptaban la fe.

Palabra de Dios.

SALMO Sal 32, 1-2. 4-5. 18-19 (R.: 22)

R/. Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti [o Aleluya].

Aclamad, justos, al Señor,
que merece la alabanza de los buenos;
dad gracias al Señor con la cítara,
tocad en su honor el arpa de diez cuerdas. **R/.**

La palabra del Señor es sincera
y todas sus acciones son leales;
él ama la justicia y el derecho,
y su misericordia llena la tierra. **R/.**

Los ojos del Señor están puestos en sus fieles,
en los que esperan en su misericordia,
para librar sus vidas de la muerte
y reanimarlos en tiempo de hambre. **R/.**

Lectura de la primera carta del apóstol san Pedro 2, 4-9

Queridos hermanos: Acercándoos al Señor; la piedra viva desechada por los hombres, pero escogida y preciosa ante Dios, también vosotros, como piedras vivas, entráis en la construcción del templo del Espíritu, formando un sacerdocio sagrado para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo. Dice la Escritura:

«Yo coloco en Sión una piedra angular,
escogida y preciosa;
el que crea en ella no quedará defraudado.»

Para vosotros los creyentes es de gran precio, pero para los incrédulos es la piedra que desecharon los constructores: ésta se ha convertido en piedra angular, en piedra de tropezar y en roca de estrellarse.



Domingo V de Pascua: Seños, muéstranos al Padre.

Y ellos tropiezan al no creer en la palabra: ése es su destino.

Vosotros, en cambio, sois una raza elegida, un sacerdocio real, una nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios para proclamar las hazañas del que nos llamó a salir de la tiniebla y a entrar en su luz maravillosa.

Palabra de Dios.

X Lectura del santo Evangelio según san Juan 14, 1-12

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos:

-No perdáis la calma, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas estancias, si no os lo habría dicho, y me voy a prepararos sitio. Cuando vaya y os prepare sitio volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros. Y adonde yo voy, ya sabéis el camino.

Tomás le dice:

-Señor, no sabemos adónde vas. ¿Cómo podemos saber el camino?

Jesús le responde:

-Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto.

Felipe le dice:

-Señor, muéstranos al Padre y nos basta.

Jesús le replica:

-Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: «Muéstranos al Padre»? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, él mismo hace las obras. Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed a las obras. Os lo aseguro: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aun mayores. Porque yo me voy al Padre.

Palabra del Señor.



Domingo V de Pascua: Señores, muéstranos al Padre.

HOMILIA

El Evangelio de este quinto domingo del Tiempo Pascual nos trae la primera parte del capítulo 14 del Evangelio de San Juan.

El Señor declara a sus discípulos que va a prepararles un lugar en la Casa de su Padre.

Jesús ya les había anunciado a los apóstoles las diferentes etapas de la Pasión y no les había ocultado que incluso uno de ellos iba a ser instrumento de la traición. Pero, para que no se aflijan sin esperanza y se desalienten, les afirma: “No se inquieten. Crean en Dios y crean también en mí”.

Nunca tenemos derecho a desanimarnos; la herencia que nos ha dejado Jesús es el optimismo y la alegría; así ni el desánimo, ni la desconfianza ni el pesimismo, ni la tristeza deben anidar en nuestros corazones, ni pueden perjudicar nuestra vida espiritual ni nuestra acción apostólica.

Nuestro apoyo está en Cristo, que es Dios. Él es nuestra esperanza y de Él recibimos la ayuda que necesitamos en cada momento. No hay horas grises con Cristo; teniéndolo a Él por Amigo, todo cambia, y los horizontes se aclaran.

Los amigos desean estar siempre juntos y hacerse mutuamente felices. Si Jesús es nuestro Amigo, tampoco quiere separarse de nosotros; debiendo ir al Padre, nos advierte que no se separa de nosotros por mucho tiempo, sino que Él se nos adelanta para “prepararnos un lugar”.

El pensamiento del lugar que nos espera, gozando de la compañía de Jesús, tiene que darnos fuerzas y aliento, para soportar las contrariedades de la vida y aspirar la plenitud del cielo.

Y cuándo Tomás le pregunta por el camino para llegar a dónde el Señor va, Él responde: “Yo soy el camino”.

Jesús es el camino en cuanto nos revela al Padre, nos da a conocer el camino que conduce al Padre: Él mismo es el único acceso al Padre.

Jesús es el Camino, porque Él nos mereció la gracia, que nos hace hijos de Dios y herederos del cielo, y Él con su doctrina y con su ejemplo nos enseña el camino que hemos de seguir para llegar al cielo.

Nadie se ha atrevido a hacer las afirmaciones que Jesús hizo. En boca de otro serían una insensatez. En boca de Jesús son un verdadero consuelo. Él es la ruta que Dios nos ha trazado. Por ella andamos seguros.

Él es la Verdad; en medio de tanta mentira y falsedad como nos rodea, es una verdadera tranquilidad saber que se está en la verdad, que nunca cambia.

Él es la Vida, es el centro de los corazones y de todos los espíritus que anhelan la bondad y el amor. Fiera de Cristo no hay más que error, sombras y muerte.

Hemos de procurar conocer bien a Jesucristo para seguirle, imitando su vida, y para merecer de esta manera la vida eterna del cielo.

Como vimos repetidamente en los Evangelios de estos últimos días, Jesús ha hablado con mucha frecuencia a sus apóstoles del Padre, y de las relaciones que lo unen con el Padre. La insistencia de Jesús en tratar el tema del Padre ha suscitado en algunos el deseo de un conocimiento más hondo y más experimental del Padre, y así uno de ellos, Felipe le ruega a Jesús: “Señor, muéstranos al Padre”. No han caído en la cuenta que “el que me ha visto a Mí, ha visto al Padre”.

En Jesús se transparenta el Padre, sus palabras son las palabras del Padre. Él mismo es la Palabra del Padre hecha carne y sus obras son del Padre.

El Señor se quejó a Felipe de que todavía no lo conociera, los apóstoles aún en la última cena todavía estaban muy lejos del conocimiento de Jesucristo, a pesar de que durante tres años Jesús había estado



Domingo V de Pascua: Señores, muéstranos al Padre.

adoctrinándolos sin cansancio. Varias veces dieron motivo, para que Jesús se quejara de que no le entendían.

Hoy vamos a examinarnos a nosotros mismos y preguntarnos si algunas veces no somos motivo de pena para el Corazón de Cristo. A cuestionarnos si a pesar de nuestra religiosidad, no hemos llegado aún al conocimiento experimental de una vida de íntima unión con Jesús.

Y vamos a pedirle a María, nuestra madre, a ella que como nadie en la tierra conoció y amó a Jesús y al Padre, que nos ayude en nuestro empeño de unirnos más al Señor.



RECURSOS

Nexo entre las lecturas

Cristo es la piedra angular. En esta frase encontramos el elemento unificador para nuestra homilía del quinto domingo de Pascua. La primera carta de san Pedro que nos ha acompañado a lo largo de estos cuatro domingos pascuales (2L), nos ofrece al igual que los sinópticos una interpretación cristológica del salmo 118, 22: La piedra que los constructores desecharon se ha convertido en piedra angular; ha sido la obra de Yahveh, una maravilla a nuestros ojos. Para los creyentes se trata de una piedra preciosa, para los incrédulos es piedra de tropiezo y caída. En el Evangelio, Cristo, piedra angular, se nos muestra como el camino, la verdad y la vida. Es Él quien nos prepara un lugar en las moradas eternas, es Él el camino que nos conduce al Padre. Cristo desea que cada uno de nosotros llegue a la casa del Padre, desea que donde Él esté, nos encontremos también nosotros. ¡Qué maravilla del amor de Dios que quiso hacernos hijos suyos y que le llamáramos Padre y que tuviéramos un lugar en la familia de Dios!

Mensaje doctrinal

1. No perdáis la calma, creed en Dios y creed también en mí. La exhortación de san Juan es muy oportuna en este tiempo pascual en el que miramos a Cristo resucitado. Los cristianos, nuevas creaturas en Cristo desde su bautismo, atraviesan situaciones difíciles. El Señor se dirige a sus discípulos y los invita: “creed en mí, tended confianza en mí pensando que aquello que Yo hago en tu vida es lo mejor para ti”. El cristiano debe pasar por momentos en los que la cruz se hace presente. Precisamente en esos momentos es cuando pueden descubrir misteriosamente que están tomando parte en el misterio pascual de Cristo. En Cristo, ellos también son piedras vivas que entran en la construcción del templo del Espíritu. Cada cristiano, por el bautismo, incorporado e injertado en Cristo, toma parte en ese camino pascual de muerte y resurrección; pasa a formar parte de un sacerdocio sagrado (sacerdocio de los fieles) para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta. Es importante que en su caminar, no deje de mirar a Cristo, que no deje de creer en Cristo con fe viva y operante, que Cristo sea para él la piedra angular en donde se asienta todo su edificio, toda su existencia.

2. Jesús es el camino al Padre. Tomás pide a Cristo: muéstranos al Padre. Cristo responde sorprendido de que no hayan descubierto en Él en esos años de convivencia el Rostro del Padre: Tomás quien me ha visto a mí, ha visto al Padre. Cristo es pues la revelación del amor del Padre. Nadie va al Padre sino por Cristo. Hemos de creer firmemente que Cristo está en el Padre y el Padre en Cristo. Uno se pregunta espontáneamente ¿cómo puede una persona estar en otra? Por medio del amor, de la identificación de voluntades, con la identidad en los pensamientos, teniendo los mismos sentimientos y emociones que la persona amada. Él ha venido a cumplir la voluntad del Padre. Las palabras que Él nos dice, no las dice por cuenta propia, las pronuncia en nombre del Padre. Con acierto dice Hans Urs von Balthasar: “En Cristo, que es la palabra de Dios, Dios Padre habla al mundo”. Cristo nos muestra en último análisis que él está en el Padre mediante una obediencia absoluta a la misión que le ha sido confiada, mediante el amor y el cumplimiento de su voluntad por la salvación de los hombres.

Este Cristo que nos muestra el rostro amoroso del Padre, va a prepararnos un lugar en las moradas eternas. Él con su muerte y resurrección nos abre la vida eterna y nos reconduce a la casa del Padre.

Sugerencias pastorales

Ser piedra viva del templo de la Iglesia. Muchos cristianos se han alejado de su práctica religiosa porque no se sienten “piedras vivas” de la Iglesia. No perciben su pertenencia a Cristo y a la Iglesia como algo existencial que toca las fibras más íntimas de su alma. Su fe es un apartado de su vida y no aquello que la informa y le da sentido. Sin embargo, el hombre está siempre necesitado de Dios y de la salvación que se nos ofrece en Cristo a través de su cuerpo que es la Iglesia. El hombre y mujer de hoy tienen necesidad, como en otros tiempos, de sentirse “parte viva de esta Iglesia”. De un modo analógico él y ella son también piedras angulares, preciosas y necesarias para la edificación de la Iglesia. Ayudémosles a re-descubrir su amor a la Iglesia. Llevémosles a un compromiso apostólico que los responsabilice y los mantenga abiertos a los demás. Ellos deben construir la Iglesia con su amor, con su oración, con su sacrificio, con su entrega generosa. ¡Todos somos piedras vivas de este edificio y todos tenemos una misión que cumplir en esta



Domingo V de Pascua: Seños, muéstranos al Padre.

edificación! La aspiración de cada cristiano debería ser la de llegar a ser “un hombre eclesiástico”, un hombre que ama entrañablemente a la Iglesia. El texto de Henri de Lubac ilustra apropiadamente esta idea:

«Eclesiástico», hombre de Iglesia, en nuestro lenguaje actual este bello nombre está desgastado, por no decir que está degradado. Se ha convertido en el título con que se designa cierta profesión determinada en los registros de la administración civil. Y en la misma Iglesia apenas lo usamos sino en un sentido puramente exterior. ¿Quién le devolverá su amplitud y nobleza? ¿Quién nos enseñará a conocer los valores que evocaba antiguamente?

En cuanto a mí, proclamaba Orígenes, mi deseo es el de ser verdaderamente eclesiástico. No hay otro medio, pensaba él con sobrada razón, para ser plenamente cristiano. El que formula semejante voto no se contenta con ser leal y sumiso en todo, exacto cumplidor de cuanto reclama su profesión de católico. Él ama la belleza de la casa de Dios. La Iglesia ha arrebatado su corazón. Ella es su patria espiritual. Ella es su madre y sus hermanos. Nada de cuanto la afecta le deja indiferente o desinteresado. Echa raíces en su suelo, se forma a su imagen, se solidariza con su experiencia. Se siente rico con todas sus riquezas. Tiene conciencia de que por medio de ella, y sólo por medio de ella, participa de la estabilidad de Dios. Aprende de ella a vivir y a morir. No la juzga, sino que se deja juzgar por ella. Acepta con alegría todos los sacrificios que exige su unidad.

La Iglesia es mi Madre, porque me ha dado la vida. Yo la he visto, la he tocado de una manera indudable, y puedo dar certeza de ello a todo el mundo. Yo he escuchado todos los reproches que se han lanzado contra mi Madre. Algunos días, mis oídos han quedado sordos ante el clamor de las quejas, no me atrevo a decir que carecen todas ellas de fundamento. Pero, contra toda evidencia, lo cierto es también que esos reproches y otros muchos que se podrían añadir no tienen ninguna fuerza.

¡Dichosos aquellos que han aprendido de su madre, desde la infancia, a mirar la Iglesia como una Madre! Ser piedra viva del templo que es la Iglesia.